

EL MONASTERIO DE SENDOMIR

RELATO

Según un suceso transmitido como verdadero



Karl Friedrich Lessing, *Romantische Landschaft mit Klosteranlage*
(*Paisaje romántico con monasterio*), 1834.

Los rayos del sol poniente bañaban de oro las laderas de uno de los valles más encantadores del voivodato¹ Sandomir. Como en un beso de despedida, descansaban sobre los muros del esplendoroso monasterio, con su ala este, rica en ventanas y aspecto acogedor. En ese instante, dos jinetes, acompañados por unos pocos criados, alcanzaban el pie de la cadena de colinas situada enfrente, cuando, apremiados por el toque de vísperas y tras hacer un breve alto contemplativo, pusieron sus caballos al trote, adentrándose en el valle en dirección al monasterio.

La indumentaria de aquellos huéspedes retrasados señalaba su condición de forasteros. Sombreros de anchas alas y rematados con plumas, la cuera² de arce presionada por la oscura coraza, las ceñidas perneras y las botas altas con vueltas no permitían que se les tuviera por polacos nativos. Y, en efecto, así era. En calidad de emisarios del emperador alemán —siendo ellos mismos alemanes— se dirigían a la corte del belicoso Juan III Sobieski³ y, sorprendidos por el anochecer, buscaban albergue en el monasterio situado ante ellos.

¹ Unidad territorial de carácter político-administrativo en Polonia (existe desde la Edad Media y se mantiene en la Polonia moderna).

² Una especie de chaqueta de piel, propia de los siglos XVI y XVII y que se llevaba encima del jubón.

³ Juan III Sobieski (1629-1696) destacado rey (desde 1674 hasta su muerte) de la Mancomunidad de Polonia-Lituania (1569-1795) y gran militar. Se trataba de una monarquía electiva.

El portón, que ya se había cerrado al caer la tarde, volvió a abrirse a los que estaban rogando ingresar, y el portero les significó que entraran en el amplio salón para invitados, donde les aguardaba refrigerio y reposo nocturno. Mas, el abad y la fraternidad monacal, ya reunidos en el coro para las vísperas, debían renunciar a dar la bienvenida a tan caros huéspedes, como agregó disculpándose. La indicación del hombre, cuya mirada rezumaba cierta desconfianza, se vio confirmada por la consonancia monótona de unas voces que se alzaban en canto semitonado; designaban desde una lejanía amortiguadora, serpenteando a través de las bóvedas resonantes, con meridiana claridad el canto coral de una comunidad religiosa.

Los dos forasteros entraron en el aposento, que se les había señalado, el cual, a pesar de resultar evidente su reciente construcción —al igual que la del monasterio en su conjunto—, imitaba, no obstante, con pretendida precisión antiguas formas puntiagudas. Pocos enseres, aunque buenos, se distribuían por las paredes. Las elevadas ventanas ojivales daban al campo abierto, donde la luna, saliendo por el este y luchando con los últimos rayos de claridad del atardecer, arrojaba resplandores mortecinos sobre las elevaciones del ondulado terreno. Entretanto, en los pliegues de los valles y debajo de los árboles del bosque, la noche, acompañada por su oscuro séquito, comenzaba paulatinamente su acampada y, mezclándose con una calma silenciosa, fue extendiendo su velo sobre lo animado e inanimado.

Los propios criados de los caballeros sirvieron el vino y la cena. Una mesa de basta factura, corrida hacia el antepecho de la ventana ojival abierta, recibió a los cansados huéspedes, quienes, recostados sobre sillas con reposabrazos y respaldo alto, ora se deleitaban con los mágicos juegos del claro de luna, ora tornaban al vino y alimento, fortaleciendo el cuerpo para el viaje del día siguiente.

Una hora debió haber transcurrido de esta manera. La noche había caído por completo, el sonido de las campana-

das y del canto coral hacía rato que había enmudecido. Los criados, enviados a descansar, habían encendido un candil de llama tenebrosa que colgaba en medio del aposento, en tanto que ambos caballeros seguían sentados junto a la ventana, conversando animadamente: quizá acerca del propósito de su viaje; en cualquier caso, de algo importante. En ese momento se escuchó un golpe en la puerta del aposento dado por una mano vigorosa; e, incluso antes de que, reacios a interrumpir su conversación, contestaran con un «¡adelante!», la puerta se abrió y una extraña figura humana entró preguntándoles si necesitaban que se encendiera el fuego de la chimenea.

La persona que había entrado estaba enfundada en un hábito de monje, raído y remendado en varias partes, que contrastaba de forma bastante extraña con su complexión tosca y robusta. Aunque ya algo encorvado por la edad y con una estatura por debajo de la media, todo su ser irradiaba, no obstante, una expresión propia de determinación y fuerza, de tal manera que, excepto por la indumentaria, el observador hubiera tenido al hombre por cualquier cosa, antes que por un pacífico hijo de la Iglesia. En pelo y barba —en su día visiblemente de color negro azabache—, ahora, sin embargo, se mezclaba, sobre todo, el gris; y a pesar de su longitud, el denso volumen fuertemente encrespado se arremolinaba alrededor de la frente, la boca y la barbilla. Rara vez alzaba la mirada, bajada en actitud monacal; cuando lo hacía, empero, golpeaba cual tormenta eléctrica, pues tan aterradoramente centelleaban las estrellas negras entre las mejillas cenicientas que uno se sentía aliviado cuando los anchos párpados volvían a cubrirlas. Con tal aspecto y tales atributos, el monje se plantó delante de los forasteros, llevando un manajo de leña debajo del brazo, y les preguntó si necesitaban que se encendiera el fuego de la chimenea.

Los dos se miraron, asombrados por la extraña figura. Mientras, el monje, de rodillas delante de la chimenea, fue encendiendo el fuego, sin inmutarse ante los comentarios

de que en realidad no tenían frío y sus esfuerzos resultaban innecesarios. Las noches ya empezaban a ser rigurosas, apuntó él, y proseguía con su labor. Tras finalizar su tarea, y mientras el fuego ardía alegremente, permaneció unos instantes de pie ante la chimenea, calentándose las manos; entonces, sin reparar aparentemente en los forasteros, fue caminando en silencio hacia la puerta.

Ya estaba junto a la misma, y tenía agarrado el picaporte con la mano, cuando uno de los forasteros le habló:

—Ya que estáis aquí, reverendo Padre...

—¡Hermano! —interrumpió el monje, como enojado, y sin volverse permaneció junto a la entrada, la frente inclinada contra la puerta.

—Entonces pues, ¡reverendo hermano! —prosiguió el forastero—, ya que estáis aquí, informadnos sobre algunas de las cosas que anhelamos saber.

—¡Preguntad! —respondió, volviéndose, el monje.

—Sabed, pues —dijo el forastero—, que nos ha colmado de admiración la hermosa ubicación y el estilo arquitectónico de vuestro monasterio, pero, sobre todo, que sea tan nuevo y parezca haber sido erigido recientemente.

Los oscuros ojos del monje se alzaron ante estas palabras y se aferraron al hablante con una especie de expresión enconada.

—Ya pasaron los tiempos —continuó este—, en los que la edificación de tales obras, fruto de la devoción, no era algo excepcional. ¿Cuánto tiempo lleva en pie el monasterio?

—¿Acaso ya lo sabéis? —preguntó el monje bajando la mirada al suelo—, ¿o no lo sabéis?

—Si se diera lo primero, ¿preguntaría? —respondió el forastero.

—A veces sucede —masculló aquel—. Tres años lleva en pie este monasterio. ¡Treinta años! —añadió corrigiéndose, sin levantar la vista del suelo.

—Mas, ¿cómo se llamaba el fundador? —continuó preguntando el forastero—. ¿Quién es ese hombre amado por

Dios? —entonces, el monje soltó una risotada sarcástica. El respaldo de la silla en que se había apoyado se quebró con estrépito bajo su presión; en la mirada dirigida a los forasteros parecía llamear un infierno, y, habiéndose girado repentinamente, salió con paso ruidoso por la puerta.

Los dos no habían salido aún de su asombro, cuando la puerta se abrió de nuevo y entró el mismo monje. Como si nada hubiera ocurrido, avanzó hasta la chimenea, removió la lumbre con el atizador, echó más leña, sopló la llama. Después se giró y dijo:

—Soy el más humilde de los servidores de esta casa. Tengo asignadas las labores más inferiores. Frente a los extraños debo mostrarme servicial y contestar cuando me preguntan. Vos⁴ también habéis preguntado, ¿verdad? ¿De qué se trataba?

—Queríamos obtener información acerca de la fundación de este monasterio —dijo el mayor de los dos alemanes—, pero vuestra extraña negativa...

—¡Sí, sí! —dijo el monje—, vos sois forasteros, y aún desconocéis el lugar y sus gentes. Quisiera de buena gana dejar insatisfecha vuestra necia curiosidad, pero luego os quejaríais al abad, y este me volvería a reprender, como cuando agarré por el cuello al palatino⁵ de Plock por insultar a mis ancestros. ¿Vienen ustedes de Varsovia? —prosiguió tras una breve pausa.

—Hacia allí nos dirigimos —contestó uno de los forasteros.

⁴ En el original alemán, en los intercambios entre el monje y los forasteros, ambas partes emplean la fórmula de tratamiento arcaizante «Ihr», tanto para el singular como el plural (junto con el correspondiente adjetivo posesivo «Eure»). Mediante el pronombre «vos» (2.^a persona del plural) y el respectivo adjetivo posesivo («vuestro»), de función equivalente, recuperamos el tono solemne que, según el *DLE*, se utiliza para dirigirse a destinatarios de muy elevado rango o dignidad.

⁵ Equivalente latino del término eslavo *voivoda* o *vaivoda* (que designa al gobernador de una provincia). Originalmente, se refería al comandante principal de una fuerza militar.

—Es una ciudad maligna —dijo el monje mientras se sentaba—. Toda discordia parte de allí. Si el fundador de este monasterio no hubiera ido a Varsovia, no habría donado ningún monasterio, aquí no habría monjes y yo tampoco sería uno de ellos. Puesto que no venís de allí, puede que seáis gente de bien, y, considerándolo todo, os contaré la historia. Mas no me interrumpáis, y no sigáis preguntando cuando termine. Puede que, después de todo, me plazca volver a hablar de ello. Si no fuese por la densa niebla que se interpone, que apenas se ve traslucir el antiguo castillo familiar, y la luna también brilla tan turbia —las últimas palabras se disolvieron en un murmullo incomprensible, dando finalmente lugar a un profundo silencio, durante el cual el monje permaneció sentado e inmóvil, las manos metidas en las anchas mangas, la cabeza hundida hacia el pecho. Ambos ya creían que el monje se arrepentía de su promesa, y cuando ya se disponían a alejarse, sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación, de repente respiró hondo y se incorporó; el capuchón bajado cayó hacia atrás; los ojos, ya sin fiereza, brillaban con una luz casi melancólica; con la cabeza apoyada en su mano y girada hacia la luna comenzó su relato:

»Starschensky se llamaba el hombre, un conde de su linaje, al que pertenecían los extensos alrededores y el sitio donde se levanta este monasterio. Pero en aquel entonces aún no había monasterio. Por aquí pasaba el arado; él mismo habitaba allá arriba, donde los muros reventados reflejan la luz de la luna. El conde no era malo, aunque tampoco precisamente bueno. En la guerra lo tenían por valeroso; por lo demás llevaba una vida tranquila y retirada en el castillo de sus antepasados. Una cosa extrañaba a la gente sobremanera: nunca se le había visto afectuoso con una fémica; era evidente que rehuía el trato con las mujeres. De ahí que se le tuviera por misógino, pero no lo era. Su natural timidez y, a ver si encuentro las palabras adecuadas —decía el monje mientras se enderezaba—, sentir, por encima de todo, el placer de ser

dueño de sí mismo es lo que no le había permitido, hasta entonces, ningún tipo de acercamiento. Era su dicha no hallar nada que no le atrajera. «¿Os queda aún vino? ¡Dadme una copa!». El conde no era tan fiero.

El monje bebió, después continuó:

—Así vivía Starschensky, así pensaba morir; pero su destino era otro. Una Dieta del Reino lo convocó a Varsovia. Enojado por la actitud errónea de la multitud (pues cada uno velaba únicamente por su propio interés, cuando el objetivo debía ser el bien común), un día, al atardecer, iba paseando por las calles de la ciudad; negros nubarrones pendían del cielo, prestos a descargar en cualquier momento, con los alrededores envueltos en una espesa oscuridad. En eso, de repente escuchó detrás de sí una voz femenina dirigirse a él, trémula y sollozante: «Si sois humano, ¡compadeceos de una desdichada!». Volviéndose rápidamente, el conde contempló ante sí una muchacha, tendiéndole suplicante las manos. Su indumentaria parecía pobre, cuello y brazos resplandeciendo en su blancura a través de la noche. El conde sigue a la suplicante. Tras diez pasos, ella entra en una choza, seguida por Starschensky, quien pronto se encuentra solo junto a ella en un oscuro pasillo. Una mano cálida y suave agarra la suya.

»¿Sois caballero de una orden? —se interrumpió el monje, dirigiéndose al más joven de los forasteros—. ¿Qué significa la cruz sobre vuestro manto?

—Soy caballero de Malta —replicó este.

—¿Vos también? —preguntó el monje dirigiéndose al segundo.

—En absoluto —fue su respuesta.

—¿Tenéis esposa e hijos?

—Ni una cosa ni la otra, nunca.

—¿Cuántos años tenéis?

—Cuarenta y cinco.

—¡Vaya, vaya! —masculló el monje asintiendo con la cabeza. Entonces prosiguió—: Un sentimiento, hasta en-

tonces desconocido, se apoderó del conde al tocar la mano cálida. Como aquel cuento oriental de uno al que, de repente, se le concedió el don de entender el lenguaje de los pájaros y de otros seres de la naturaleza, y el cual ahora, tumbado en la sombra a orillas de un arroyo, percibía, gratamente maravillado, a su alrededor por todas partes palabras y significados, donde antes solo escuchaba ruidos y sonidos. Eso mismo le sucedió al conde. Un nuevo mundo se alzaba ante él, y estremecido siguió a su guía, que abrió una puertecita y entró con él en una habitación de techo bajo, débilmente iluminada.

»El primer rayo de luz cayó sobre la muchacha. En lo más íntimo de su ser, Starschensky se regocijó, porque la realidad cumplía con lo que el presentimiento había prometido. La chica era hermosa, hermosa en todos los sentidos. Rizos negros se ensortijaban alrededor de frente y nuca, y, junto con las pestañas del mismo color, resaltaban hasta lo insólito el encanto de unos ojos relucientes en color azul claro. La boca con labios carnosos, de un rojo vivo casi excesivo, en absoluto quedaba desfigurada por una pequeña cicatriz que, cual fina estría blanquecina, transcurría en línea descendente hasta perderse en el carmín del labio superior. Hoyuelos en mentón y mejillas; frente y nariz, como quizá precisamente un pintor no las concibe, pero que resultan tan favorecedoras en mis paisanas, completaban la expresión de su encantadora cabecita y armonizaban hermosamente con las formas de un cuerpo esbelto a la vez que bien desarrollado, cuya exuberante belleza, más que ocultar, resaltaba el pobre envoltorio. —¿A que de eso no sabéis nada, maltés? Sí, sí, ¡el viejo monje vuelve a no estar en sus cabales! ¡Tomemos otro trago!—. Bueno, ya está bien.

»El conde contemplaba absorto a la muchacha y apenas se había percatado de que, en una esquina de la choza, tumbada sobre un lecho de paja en descomposición, con una silla de montar desgarrada bajo la cabeza en lugar de una almohada, cubierta de harapos, yacía la figura lastimo-

sa de un hombre viejo que en ese momento sacó la mano de su pobre envoltorio y preguntó con voz apagada:

»—¿Eres tú, Elga? ¿A quién me traes?

»—Aquí, el infeliz —dijo la chica dirigiéndose a Starschensky—, para quien, arrastrada por la más extrema necesidad, apelé a vuestra compasión. Es mi padre, un gentil-hombre de rancio abolengo y de alcurnia, arrastrado hasta aquí por la persecución sufrida —con esas se acercó y, en cuclillas ante la yacija del anciano, trató de proporcionar apariencia de decoro y orden a los harapos que lo cubrían, enderezándolos y extendiéndolos.

»El conde se acercó. Conoció la historia. Quien yacía ante él era el starosta⁶ de Laschek. Él y sus dos hijos habían tejido alianzas políticas que su patria desaprobaba. Sus planes fueron descubiertos. Los dos hijos, junto con algunos incautos que habían hecho causa común con ellos, sufrieron el destierro; el padre, despojado de sus bienes, estaba en la miseria.

»Nada más escuchar el nombre Laschek, Starschensky ya sabía que la situación del desdichado no era del todo inmerecida. Pues, aunque realmente no se podía probar su participación directa en los planes de los hijos, con su ligereza durante los años de juventud y la mala gestión económica a edad avanzada, ciertamente les había dificultado el ascenso social por vías legales y abierto la puerta a la asunción de riesgos. Todo esto no había pasado desapercibido para el conde. Pero se trataba de salvar a un desdichado, y el padre de Elga contaba con el valedor más elocuente en el hombre enardecido por su hija.

»Laschek fue trasladado a una vivienda decente; a él y a su hija se les proporcionó lo necesario. Starschensky utilizó su influencia, sus relaciones, condescendiendo a la entrega de dinero y dádivas, con el fin de conseguir la reposición del

⁶ Título de un oficial real del Reino de Polonia (a partir del siglo xiv).

desposeído, la orden de regreso de los desterrados. Afortunadamente, ya no se daban hacía tiempo las circunstancias externas que habían convertido en peligrosos los planes de aquellos imprudentes. El perdón fue concedido; los expulsados se aprestaron a regresar a casa. Varios de los compañeros de infortunio, fieles a su imprudencia, habían entrado al servicio de países extranjeros; solo los dos hijos de Laschek y un familiar lejano de la casa, llamado Oginsky, hicieron uso de la autorización conseguida con tanta dificultad. Cualquier día se esperaba su llegada.

»Entretanto, la restitución de los bienes confiscados a Laschek resultó ser de poco provecho. A diario aparecían nuevos acreedores. El principal y los intereses atrasados absorbían con creces el valor del inmovilizado existente. Starschensky intervino como mediador, pagó, hipotecó sus propios bienes, y a pesar de todo apenas pudo salvar una pequeña parte de las propiedades familiares cual embrión para el futuro.

»Más suerte parecía correr, entretanto, con su cortejo para ganarse el corazón de Elga. Al verse por primera vez vestida de nuevo con prendas decentes, la muchacha profirió un grito, en el momento de entrar Starschensky, y voló a su encuentro, y un largo y sentido beso de sus labios ardientes fue el premio por sus cuidados, por sus esfuerzos. Claro que, por el momento, este primer beso sería también el último; no obstante, Starschensky podía halagarse con la esperanza de no resultarle indiferente al corazón de la muchacha. A ella le gustaba estar en su compañía, notaba y sentía su ausencia. A menudo, él sorprendía la mirada pensativa y contemplativa con la que ella lo miraba fijamente; es más, en varias ocasiones, solo gracias a una rápida retirada pudo evitar que un beso, tan deseado por sus labios, acabara estampado en su mano. Albergaba las más bellas esperanzas. Pero de repente se produjo un cambio de escena. Elga se volvió melancólica y pensativa. Si, de ordinario, su afición por la diversión, los complementos de moda y los placeres de la vida se manifestaba de forma decidi-

da —tanto que en ocasiones parecía llegar al límite de lo excesivo—, ahora evitaba los actos sociales. Pensamientos enfrentados proyectaban sus nubarrones sobre la bella y tersa frente; los ojos empañados hablaban de lágrimas, y más de una vez, alguno de esos huéspedes inoportunos se asomaba entre las pestañas prestamente cerradas. En esos momentos, Starschensky notaba que el padre la miraba con seriedad, casi amenazante, y que una alegría simulada denotaba el afán de la muchacha por reprimir una preocupación secreta. En una ocasión, dirigiéndose rápidamente a través de la antecámara a la puerta de la sala de recepción, Starschensky escuchó la voz del starosta, al parecer fuertemente encolerizado, que se servía incluso de palabras gruesas. El conde abrió la puerta y miró a su alrededor, mas no halló a ningún tercero; solo a la muchacha, la cual —*sin* lágrimas en los ojos y sumamente acalorada, de espaldas a su padre— se encontraba de pie junto a la ventana. Debió ser ella la destinataria de tal reprimenda. En ese momento brotó en el alma del conde la firme resolución de poner fin a la atormentadora incertidumbre de esta relación mediante un rápido cortejo para ganarse la mano de Elga.

»Mientras él se fijaba un corto plazo de tiempo para ejecutar su propósito y la anterior alegría de Elga volvía poco a poco, llegaron los parientes que habían sido llamados para que regresaran del destierro. Elga parecía experimentar menos alegría —por recuperar, tras larga privación, la compañía de los hermanos— de la que había supuesto el conde. Lo más chocante, sin embargo, era su áspera frialdad —por no llamarlo severidad— hacia el socio de culpas y castigos de sus hermanos, el pobre primo Oginsky, al que apenas se dignó dirigirle la mirada. Siendo bien parecido y teniendo buena planta no parecía haber motivo alguno por el que mereciera semejante aversión; en su casi excesiva conducta servil se evidenciaba más bien el afán de ganarse la buena opinión de todo el mundo. Ninguna aspereza era capaz de enojarlo; eso sí, parecía aprovechar toda ocasión

para sustraerse al trato casi desdeñoso de Elga. Al final desapareció por completo, y nadie supo a dónde había ido.

»Ahora, por fin, el conde dio el paso al frente con su pedida; mientras el viejo starosta derramaba lágrimas de alegría, Elga, sonrojada y sin palabras, se echó en brazos del futuro esposo, y la unión quedó sellada. La capital conoció la dicha de Starschensky a través de ruidosas fiestas, cuya multiplicación y asistencia multitudinaria daban buena prueba del interés general. Retenido en la corte a causa de un nombramiento para un cargo honorífico, pronto aprendió a rendirse al ruido y esplendor, incluso les llegó a encontrar placer, al menos en la medida en que Elga, cuyo gusto por las diversiones bulliciosas se manifestaba cada vez con más determinación, se lo encontraba. Mas, ¿acaso no era joven, no era bella? ¿No tenía, tras muchos años de infortunios, toda diversión para ella un doble encanto, en cuanto que diversión y en cuanto que novedad? El conde concedía y era feliz. Solo faltaba una cosa para completar su dicha: ya había transcurrido un año entero desde su enlace matrimonial, y Elga aún no daba signos de estar en estado de buena esperanza.

»Pero de repente, esa embriaguez del aventurado se vio perturbada de forma mucho más sensible. El mayordomo de Starschensky, un hombre probadamente honesto, se presentó con oscuros nubarrones que recorrían su frente surcada de arrugas. Se encerraron, hicieron cálculos, compararon, y pronto se vio con claridad meridiana que, debido a lo que se había hecho por los parientes de Elga, debido al gasto ilimitado de los últimos tiempos, el conde había sufrido un quebranto patrimonial que exigía previsiones urgentes. Los que más habían contribuido a este desconcierto eran los hermanos de Elga. Así como, en general, la desgracia solo mejora a quienes se muestran corregibles, el voraz hedonismo de la pareja de frívolos no había hecho más que acentuarse a causa de las privaciones prolongadas en el tiempo. Dependiendo como dependían para su sus-

tento del dinero del conde, habían hecho un uso exageradísimo de tal concesión, y, después de que el conde, sumido en la más absoluta felicidad, respondiera con impaciencia a las primeras consultas de los preocupados comerciantes, diciéndoles que no fuesen demasiado quisquillosos y dieran a sus cuñados lo que estos requiriesen, pronto no hubo límites a la hora de coger y exigir.

»En un abrir y cerrar de ojos, el conde se hizo una idea de la gravedad de la situación, y gustándole como le gustaba el orden, para él no tenía nada de atemorizador el rápido cambio de rumbo que rectificara la anterior senda abocada al precipicio. Solo sentía inquietud al pensar en Elga. Ese ser alegre, al que tanto le gustaba flotar inmerso en su felicidad despreocupada, ¿se mostraría...? Pero así había de ser, y el conde hizo lo que debía. Con el corazón palpitante entró en el aposento de Elga. Mas, ¡cuán gratamente se sorprendió, cuando, habiendo apenas expuesto las circunstancias y descrito la necesidad de abandonar la ciudad en dirección al propio terruño para enmendar la imprudencia de los últimos tiempos, nada más mencionarlo él, Elga se echó en sus brazos, mostrándose dispuesta y complacida! ¡Lo que él quisiera, lo que él ordenara, ella se limitaría a obedecer! Mientras lo decía, comenzaron a brotar lágrimas de los ojos de la muchacha, y ella habría caído a sus pies si él no lo hubiera evitado, si no la hubiera levantado para fundirse ambos en un largo abrazo, anulador del tiempo y del mundo a su alrededor.

»Se realizaron todos los preparativos para la partida. Starschensky, que desde joven estaba acostumbrado a vivir en soledad y había gozado de todos los placeres de la corte y la ciudad solo en la medida en que su esposa los había gozado, casi bendecía los infortunios que lo obligaban a regresar al seno de su hogar en el campo. Elga hizo el equipaje y se ocupó de los quehaceres, y en las primeras horas de la tarde de un cálido día de mayo llegaron, cargados con cajas y bultos, al antiguo castillo familiar, el cual, completamente saneado y con el mobiliario renovado, compensa-

ba, mediante la competición del trino de los ruiseñores y el aroma de las flores, lo que un gusto refinado podía, quizá, echar de menos en comparación con los palacios urbanos.

»Poco después de su llegada, parecía esclarecerse, en parte, el motivo por el que a Elga le había resultado tan fácil cambiar su anterior estilo de vida. Se encontraba en los primeros meses de un embarazo, ocultado hasta ese momento, y Starschensky, colmadas sus esperanzas con el cumplimiento de todos sus deseos, no conocía límites a su felicidad.

»La primavera y el verano transcurrieron en medio de diversiones campestres, instalaciones para equipar la casa y alegres expectativas. Cuando ya se habían caído las hojas de los árboles y ásperas tormentas, los primeros mensajeros del invierno, sacudían las ventanas del castillo, se acercaba para Elga la hora tan deseada y temida: dio a luz, y una pequeña niña, de belleza angelical, fue depositada en los brazos del conde, quien bendijo con sus lágrimas a la hija. Tras superar con facilidad las secuelas, al igual que el parto en sí, Elga pronto volvió a florecer como una rosa.

»Tantos acontecimientos favorables se vieron lamentablemente interrumpidos por noticias desagradables procedentes de la capital. El viejo starosta, el padre de Elga, había fallecido, dejando sus asuntos en el mayor desorden. Los dos hijos, cuyo delirante despilfarro ya no contaba con el apoyo de un cuñado que se había vuelto más cauteloso, acumularon deudas sobre deudas; y sus acreedores, que, habiendo puesto sus esperanzas en el legado del viejo padre, se habían mantenido a la espera, vieron en parte frustradas sus expectativas debido a que, a raíz de una anterior donación formal, en el testamento del starosta figuraba una considerable suma de dinero que pasaba a manos de aquel pobre primo Oginsky. Este primo, como es sabido, había desaparecido hacía tiempo. Mas sí debía estar aún con vida, y su paradero no sería un secreto para todo el mundo, pues la cantidad destinada a él fue reclamada, recibida y el asunto quedó zanjado.